



La superstición politicista

OTRA VEZ

Todo lo que diga en el Parlamento un político de primera fila, en el Parlamento adquiere la importancia que le dé su posición, sea jefe de partido ó ministro presente ó futuro. Y así como un juez, por fuerza ha de tender á querer siempre sentenciar, y los catedráticos estamos expuestos á hacernos dómínes aun en el trato íntimo, así los políticos llegan á persuadirse de la importancia de cuanto dicen, y á creer en la trascendencia de cualquier trabajillo de investigación científica, por ejemplo.

Y no es lo malo que el juez de en sentenciar jugando al tresillo, y demos los catedráticos en hablar *ex chatedra* con los amigos, y den los ministros, exministros y futuros ministros en *hacer actos* cuando de algo tratan; lo peor es que nos lo consientan. Y á los políticos, por lo menos, no sólo se les consiente, se les impele á ello.

¿No cabe acaso á la prensa no poca de la culpa de que hayan entrado en la Academia Española, pongo por caso, celebridades políticas que tras de destrozarse el romance castellano (y con alevosía, queriendo imponerse á él), están adornadas de la más profunda ignorancia filológica y lingüística?

Entró hace ya algún tiempo en una Academia científica un famosísimo y ruidosísimo exministro que pasa fama de ser más listo que las ratas, y se descolgó con un discurso de entrada plagado de atrocidades científicas. Se metió de rondón en la ciencia, y echándolo todo á ingeniosidades y juegos malabares y habilidades parlamentarias, intentó aclimatar la baratería en la investigación científica. Y nadie protestó de aquel atropello, como no se ha protestado de atropellos análogos.

Nunca olvidaré lo que he oído del efecto que causó un artículo que en un diario de la corte escribió un discretísimo y perspicaz provinciano á quien le encargó un redactor de aquél hacer la reseña de una conferencia que dió otro no menos famoso ni menos ruidoso exministro. El provinciano dijo la verdad, que la tal conferencia había sido absolutamente insignificante y ramplona, y esta es verdad que no puede decirse á un político.

El profundo estadista A, el hábil polemista B, el intencionadísimo C..., y nada de esto es verdad en el fondo. Se oye la verdad verdadera muchas veces de labios de los que jamás la dejan llegar á su pluma, pero es porque en lo íntimo no la creen, porque están convencidos de la mentira convencional, y por esto mismo rige en la prensa (con raras y honrosas excepciones) la consigna tácita ó expresa de no tocar á los prestigios. El prestigio de un político es su talento ó listura; á todo hombre le duele más que le nieguen inteligencia, que el que le nieguen pureza de intención ó elevación de miras, cosa naturalísima.

Y hasta suele doler más que se ponga en duda la validez ó importancia de los conocimientos que se posee, que no la capacidad de adquirirlos; aunque parezca mentira, hay hombres que se envanece más de lo que creen tener que de lo que creen ser. Mas de un suceso político se explicaría acaso por la incompatibilidad que hay entre dos cultos, entre dos doctos; el choque de las letras de molde es terrible. El hombre libresco soporta al *talento natural*, á otro libresco no le aguanta. Y hay que tener en cuenta que es libresco mucho que no lo parece.

En rigor, no puede culparse á la prensa de que fomente la superstición politicista; sería exigirla que reaccionara libremente al ámbito moral, cuando tiene que carecer de lo que da la libertad de reacción. Aunque los periodistas vean en bata al gran político, lo ven con los ojos de todo el mundo; no está la maquinaria de manera que depure á los que en ella entran. Y aquí se nos ocurre la raíz del mal: la raíz económica.

MIGUEL DE UNAMUNO.

La empresa periodística

Va difundiendo de día en día la doctrina de que en la llamada jerarquía de los fenómenos sociales los económicos son la base de los demás, los primeros, ya que no los principales. Lo indudable es que la mayoría de los problemas sociales complejos, quien se coloca en el núcleo y germen de la cuestión. Esto sucede en la literatura en general y en esto sucede en la prensa moderna, al ir cediendo los periódicos de partido, pequeñas industrias domésticas, á los grandes diarios mercantiles, grandes fábricas.

El mal radical de nuestra economía, el ahogo de la utilidad intrínseca y social de las cosas bajo el peso del valor de cambio ó comercial, es el mal de la literatura toda y de la prensa periódica informativa; es lo que mata la sinceridad santa, que se cotiza mal en el mercado, en la *vanity fair*

de nuestras mentiras. ¡Qué hermoso día aquel en que un diamante valga menos que un jugoso racimo de uvas y un incunable no se aprecie en más que el ejemplar ~~de~~ correcta edición de miles de ellos! ¡Santo día cuando se comprenda la profunda definición que de la riqueza da Ruskin: «la posesión de lo valdero por el que vale» (*the possession of the valuable by the valiant!*)

Quien quiera haya estudiado un poco el actual proceso industrial, no tiene más que aplicarlo al caso de que aquí trato. Me limitaré, por lo tanto, á ir indicando puntos á modo de programa.

Las pequeñas industrias domésticas, los periódicos de partido, languidecen y se van con sus indudables ventajas, aún insustituibles, y les sucede la empresa periodística montada por el *factory system*. Dibújense ya grandes *trusts*, sindicatos, aun tácitos, de estas vastas empresas.

Hay los males, en un período del proceso, de la concurrencia mercantil, que acaba por empeorar el género, aunque parezca á primera vista que su interés es mejorarlo. Es cosa sabida (y hay quienes no lo han puesto de relieve) que el público, desesperanzado de reconocer el género bueno y resignado á las adulteraciones que la concurrencia trae consigo, va renunciando en ciertos países á la bondad mayor ó menor, y pide baratura en el artículo. Estaba leyendo yo una explicación de esto en una obra inglesa el mismo día en que la concurrencia periodística llevó á una empresa á adelantar los sucesos. ¡Mucha noticia, mucho nombre! La cuestión es llegar antes, batir el record, y como con la fruta para presentarla en el mercado antes que el competidor, no se la deja que madure.

A los males éstos hay que añadir el proteccionismo oficial de que gozan las vastas empresas todas. Y no me refiero sólo al hecho de que el Estado les alivie de los sueldos que hayan de pagar, no; á más sutil protección de que ahora no puedo hacerme cargo.

En ciertas grandes industrias se realiza una deprimente igualdad del hombre ante la máquina, y es sabida la sombría competencia que en familias pobres hacen al padre los hijos.

Los simples braceros, los peones, los que llaman los ingleses *unskilled workers*, expulsan á los especialistas y de oficio, á los *skilled workers*, como los que dan al manubrio del organillo mecánico no dejan oír á los ciegos que tocan el violín. Y esto como naturalísima consecuencia del proceso, sin culpa personal de nadie, sucede en la prensa; el chico vivo y entremetido, buen sabueso de todo género de noticiones sensacionales, expulsa al observador fino que sabe ver el hecho en relieve y le da conexión y vida. La máquina periodística se sobrepone al hombre y le deprime.

No es tan disparate decir que hay periódicos que se hacen solos.

Claro está que todo esto depende del mercado, y que un diario como *The Times* necesita cierto cuidado de cualidades más exquisitas para satisfacer á sus consumidores; pero aquí lo natural es que se procure cultivar los defectos nacionales, la falsa seriedad, la *morgue*, y la ramplonería y amor á la lata inclusive.





1-114
 Si el lector se fija en el aspecto económico de la prensa de empresa y sigue con alguna atención el desarrollo de ésta, acabará por ver todas las faltas de la institución, perderá, si la tiene, esa absurda é injustificada manía que en contra de los periodistas y chicos de la prensa abrigan muchas gentes; manía tan absurda como si se motejara á los obreros de una fábrica de la calidad del género en ella producido mediante maquinaria, y comprenderá cómo y por qué la prensa es un espejo casi nada más que receptor, contra el cual nos volvemos al ver pintados en ella los defectos nacionales.

Es un mal necesario por hoy; la prensa de partido es insostenible á la larga, la oficial sería un remedio peor que la enfermedad.

Esperemos al día en que brote la prensa social, realmente informadora, cuando los noticiosos diamante no valgan lo que una noticia frute.

MIGUEL DE UNAMUNO.

1-114
 1-114
 (1-115) envt.
 (1-116) envt.
 En un excelente artículo que publicó hace ya algún tiempo *Clarín* en *El Imparcial*, se quejaba de que nuestros personajes en ciencias y letras rara vez vayan al periódico, ni tampoco se refleje en él las nuevas corrientes de la juventud estudiosa. *Clarín*, que conoce el proceso económico y el *factory system*, verá, sin duda alguna, el fondo del mal, y estoy seguro de que en su misma producción (la más sugestiva que aparece en la prensa, y cuidado que nuestra insugestiva prensa se abre á la sugestión poco), sentirá los efectos del proceso.

MIGUEL DE UNAMUNO.

1-113
 LA JUSTICIA
 (Madrid)
 1/02/1896

1-113 La prensa y la cultura

Que la prensa hace mucho entre nosotros por la cultura nacional, es indudable, y no menos indudable que podría hacer más.

En el aspecto lingüístico, verbigracia, cabe decir que el castellano verdadero y vivo, la lengua común y corriente, la del promedio de las personas cultas, es la lengua de la prensa. Pero aun en esto le retiene nuestro absurdo formalismo nacional, esa concepción disparatadamente estática del lenguaje (como de otras cosas) que ha clavado al castellano en un infecundo estado.

La prensa ataca á la Academia Española, por ejemplo, cuando prefiere un especialista filólogo á un literato célebre, y luego le critica porque da á luz un diccionario esperpento (muchísimo más de lo que se cree), efecto de dejar los literatos indoctos en especialismos lingüísticos la labor á uno que pasa por especialista, como el P. Fita, que en la sección etimológica hace gala de una profundísima ignorancia, pues ni conoce el bajo latín sino de oídas, ni consultó á Díez ni á Littreé siquiera.

Y esta misma prensa se pliega á los mandatos de esa corporación, en cuanto corporación indocta, y acepta humildemente sus más desatinadas reformas. Es más pronta en adoptar terminachos pedantescos con saborcillo rancio, que vocablos chorroando vida que vengan de la calle. Sin embargo de lo cual, hace obra útil y da derecho de ciudadanía en la lengua á frases y vocablos (*solucionar, influencias, tangentear, reconocementero, etcétera*).

Me he extendido en este caso por mostrar en uno especial lo que, *mutatis mutandis*, pasa en lo demás.

La prensa representa la cultura media, pero por lo mismo es mediana maestra de cultura, por que no da representación adecuada á las minorías y ahoga el espíritu progresivo bajo el instinto conservador. Es en el fondo misonista, como nuestro pueblo lo es hoy. Fomenta en literatura lo insignificante y hueraamente correcto; pasa de una pseudo-sensatez latosa á una ligereza archisuperficial, y con frecuencia enjareta lugares comunes de tercer grado para desdeñar los de primero, combatiendo en nombre de la moda de ayer á la de anteayer y motejando de cursi con un sentido ultra-cursi.

Nunca olvidaré la impresión que me causó en uno de los grandes diarios el leer cómo intentaba divertir al lector á costa de un hombre público un *cronista* que, con leves diferencias de subvariedad, pertenece á la misma especie literaria en que se coloca al guaseado por él. Y tampoco olvidaré nunca la serie de vaciedades que se dispararon en contra de las reformas del Sr. Grouzard y para dar gusto á los padres que con criterio económico quieren el mayor título posible con el menor estudio dable, vaciedades en que brillaba la más perfecta ignorancia de los problemas pedagógicos.

¡Es claro! Las escribiría un obrero periodista más ó menos *unskilled*, con reminiscencias de los supinos, los ríos de la China, la guerra de las dos rosas, los silogismos en *baraliphton*, el polipote y la metonimia, el volumen del tetraedro, el mote de la girafa, etc., etc.

1-114
 LA JUSTICIA
 (Madrid)
 6/02/1896

1-114 El prestigio de la prensa

A medida que bajo el proceso fabril va anulando la máquina periodística al obrero que en ella trabaja, gana la prensa en importancia é influencia y pierde el periodista en prestigio.

El principio de corrección de esto está en la asociación, en la *trade union* de los periodistas y en que con ella trabajen por regularizar y aun suprimir la concurrencia. La aplicación de la organización del *trade unionism* á la labor periodística daría sin duda jugosos frutos, y aceleraría el advenimiento del día en que ser sólo periodista sea tanto como ser sólo diputado.

Entretanto, el periodismo será víctima del terrible círculo vicioso que mantiene el desprestigio del magisterio, desprestigio que es la causa de sus desdichas. Para dignificar al maestro hay que pagarle mejor; porque se le paga mal se recluta la clase, en general, no entre lo más granado y apto, y porque no son aptos se les paga mal. Los padres mandan á los hijos á la escuela á que aprendan á leer, escribir y contar y no les estorben en casa, y bien despues de comer el periódico, y con esto han cumplido con el maestro y el periodista.

La reforma de la prensa no hay que esperarla de las fábricas ni los fabricantes solos, sino de la presión sobre éstos de los obreros, de oponer á la concentración del capital la concentración del trabajo, de las *trade unions* frente á los *trusts*.

Los periodistas, achicados ante la máquina, no han adquirido plena conciencia de su poder, del poder del cuarto poder, y así se da el caso de que rebajan sus propias armas. Es una atrocidad, en efecto, el de que todo periodista sincero haya de aprender á manejar las armas ajenas y descender al terreno del honor; es una tristeza que la prensa, la avanzada del ejército de la verdadera edad industrial, sacrifique en el altar del brutalismo de la edad militante y no tenga el valor, no la braveza, de poner la pluma sobre la espada; que si aquella se degrada, también se degrada esta. Y aun descendiendo á lo indigno, ¿por qué ha de ser más noble la garra del león ó el pico del águila, que la astucia de la zorra ó la tinta del jibou?

La naturaleza ha dado á cada especie sus armas; son éstas nobles ó innobles, según el fin á que se las endereza, y son entre ellas más perfectas la de la especie más perfecta. Hoy podrán equipararse los representantes típicos de un estado social que se va, con los de otro que se viene; mas conforme aquéllos descenden, ascienden éstos.

Es una muerte que la prensa no haya adquirido aún un espíritu colectivo robusto y en él conciencia de su dignidad, y que no haga sentir que el atacar á su prestigio acarrea mayores males sociales y daña más al espíritu nacional que los supuestos ataques al supuesto prestigio de instituciones oficiales.

Y ese prestigio no le dará á la prensa el *factory system*, el sistema de fábrica, que divide á unas masas de obreros de otras; le dará la asociación

de verdad de éstos y el que se penetren de que no es *serviendo* á la fabrica como se sirve al pueblo.

No están las *trade unions* exentas de defectos y abusos, y es el mayor que suelen cerrarse y constituir *coterics* exclusivistas. Y este mal es más de temer en la *trade unions* periodística que en otra parte, porque no sería más que la agravación de un defecto que ya hoy se dibuja bastante. La prensa es aquí demasiado cerrada, vive mucho de vida propia, trata de nutrirse con exceso de su propia sangre. Con cuatro notas acerca de esto acabaré estos artículos.

MIGUEL DE UNAMUNO.

AD MANCA